

Arte y educación: pasos, andamios y despeñaderos

J.M. Gutiérrez-Vázquez

CENTRO DE COOPERACIÓN REGIONAL PARA LA EDUCACIÓN DE ADULTOS EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE/PÁTZCUARO, MÉXICO
jmgv@crefal.edu.mx



Introducción

El campo del arte en la educación de adultos es tan vasto como cualquiera de los abordados en los números anteriores de *Decisio*, aunque presenta una complejidad sustantiva que le es peculiar: las numerosas y diversas disciplinas, territorios, profesiones y oficios que están directamente involucrados en la actividad artística. Cuando decimos arte nos referimos a la pintura, la escultura y la arquitectura, tanto como a la música, la literatura y la poesía. Pero entonces, ¿qué hacemos con la danza y el teatro? ¿Dejaremos fuera artes más

modernas pero tan bien establecidas como la fotografía y el cine? ¿El diseño, en sus tan variadas empresas? ¿Y el video y la instalación? Y, asunto no banal, ¿incluimos o ignoramos la extraordinaria riqueza del arte popular y del arte de los pueblos originarios? La pretensión de presentar una visión problematizadora de todo ello dentro de la educación de adultos, de manera sistemática y descriptiva, es labor que rebasa con mucho las dimensiones de este artículo, por lo cual he preferido adelantar un intento de análisis abordando unos

cuantos aspectos que considero cruciales para la relación entre el arte y la educación en general.

Pero aún hay otra cuestión que me preocuparía cuando menos tanto como la anterior, y es que en muchos trabajos, discusiones y consideraciones, cuando se habla de educación artística, los interesados se refieren a la enseñanza del arte o, en el mejor de los casos, al aprendizaje del arte, como una actividad o conjunto de destrezas a ejercer. Esto es que los adultos (y en su caso niñas, niños y jóvenes) se las arreglen pintando alguna ilustración, trazando dibujos, escribiendo textos y composiciones varios, modelando objetos o cantando canciones, cuando lo que nos quita el sueño en educación no es el aprendizaje de los contenidos (y eso debería valer para todas las asignaturas y áreas), sino su uso y aprovechamiento en la formación, en el pensar, el sentir y el actuar de quien aprende. En este punto tan principal, y considerando el espacio disponible ahora, también puede arrojar-se más luz planteando unos pocos problemas fundamentales que haciendo un reconocimiento panorámico del terreno.

Por si faltaran razones, agregaría yo una tercera: si logro que el educador tenga consideración por las preocupaciones que voy a plantear, cada una de ellas le servirá de herramienta para examinar de manera crítica y reflexiva su quehacer y su vivir personal y colectivo, propósito formador que no siempre se consigue describiendo exhaustivamente el campo y sus problemas.

Comencemos entonces con las tribulaciones y los desasosiegos, y usemos la luz que esto nos arroje para ver con mirada más incisiva nuestra labor de educadores y los aspectos estéticos de nuestra propia vida.

Arte

La noción de lo que es el arte es una de las más complejas y esquivas en toda la historia del pensamiento humano, sobre todo, claro, desde una perspectiva conceptual. No voy a dar aquí definiciones de diccionario, pero confío en que al final de esta tirada el lector haya logrado esmerarse en su

propia visión. No faltan incluso expertos y eruditos que afirman que el arte, como tal, no existe; lo que existe son los artistas y sus obras. Y si Feynmann (Premio Nobel de física en 1965) dijo que la física es lo que hacen los físicos, nosotros podríamos decir también que arte es lo que hacen los artistas. En todo caso, voy a tratar brevemente del arte, por un lado, como una cosa concreta, como pintura o escultura que se contempla, como arquitectura que se observa y se habita, como música que se ejecuta y se escucha, poesía que se canta, cerámica que se ve y se palpa y se usa, danza que se mira y se baila, en fin; no hay ninguna obra de arte que no nos llegue, primariamente, a través de los sentidos (incluyo entre éstos, por supuesto, al sexto sentido, el quinesésico, el que nos permite sentir y expresarnos a través de músculos, tendones, articulaciones, huesos y los canales semicirculares del oído interno). Por el otro, también me referiré a lo estético como la capacidad que todos tenemos de percibir la belleza de las cons-



trucciones y estructuras naturales, de los sonidos de los árboles movidos por el viento, del ritmo que existe en el andar de los animales, de la serenidad del bosque y la montaña, de la travesía de las nubes y de las estrellas por el cielo, para después poder contemplar y excitarnos y gozar con la belleza de las formas, de los sonidos, de los ritmos, del sosiego o la exaltación de un poema, un cuadro, una escultura, una construcción, un canto o un gesto. Esto no dejará satisfechos a todos, bien lo sé, pero tampoco es ese mi propósito.

Siempre que nos refiramos al arte como una cosa concreta, fatalmente tendremos que referirnos a la forma. Este es un asunto crucial en el arte: toda obra de arte tiene una forma que le fue dada por el artista que la elaboró y cuyos cánones han venido siendo desarrollados y establecidos a través de los trabajos y el denuedo de todos los artistas que en el mundo han sido. Tal disposición puede estar bien lograda o mal lograda, pero el caso es que toda obra de arte tiene una forma, un orden, una estructura, ya sea un cuadro, un edificio, una sinfonía, una escultura, un poema, un cuento, una danza, un drama, una fotografía, una película o una artesanía. Y una buena obra de arte



se distingue de una mala, no únicamente pero de manera muy principal, por su conformación, por su hechura, por su ordenamiento, por la forma en la que está dispuesta. Claro que intervienen otros muchos factores, pero un buen retrato de Judas Iscariote será siempre superior a uno malo de Jesu el Cristo, cinco minutos de *El séptimo sello* de Bergman están muy por arriba de toda la producción televisiva nacional, hay más arte en un buen son calenteño tradicional de la zona del río Balsas (México), por dar un solo ejemplo, que en las obras completas de José Alfredo Jiménez, y cualquier aria de *La flauta mágica* de Mozart se encuentra a perpetuidad por encima de los himnos nacionales de todos los países. Y es justamente ésta una de las cosas que de manera más poderosa ligan al arte con la educación: el arte nos enseña no solamente a percibir la belleza de lo bien hecho, sino a intentar hacer las cosas bien nosotros mismos. A un buen cuadro ni le falta ni le sobra una pincelada, como a una buena pieza musical no le falta ni le sobra una sola nota, ni un silencio siquiera, y como a un buen poema no le falta ni le sobra ya no digamos una palabra, pero ni siquiera una sílaba, un punto o una coma.

De todas maneras, el artista utiliza la forma para decirnos algo, y esto es también muy importante. Además de la sensación de gozo por lo bien logrado de su disposición, nuestra educada sensibilidad va a ser capaz de percibir el mensaje que la obra lleva consigo. En algunas creaciones el contenido es básicamente intelectual, está formado por pensamientos, ideas, conjeturas, inferencias y deducciones (y no tiene que tratarse de una obra con contenido verbal, sea literaria, poética, dramática o cinematográfica: muchas pinturas y esculturas, diversas obras musicales o coreográficas, tienen contenidos intelectuales muy ricos y complejos). En otras obras el contenido es más bien afectivo, se mueve dentro del mundo de los sentimientos, de los estados de ánimo y de los valores (alegría, optimismo, gusto, pena, dolor, pesar, tristeza, aflicción, gozo, amor, aborrecimiento, odio, enojo, temple, arrojo, valor, compasión, bondad, solidaridad, responsabilidad, cordialidad, justicia, prudencia, fortaleza, en fin). En otras se nos expresan sensaciones con respecto a formas, colores, sonidos y eventos del mundo exterior, de ahora o del pasado, o bien del mundo interior individual o colectivo, de la imaginación, de la fantasía e in-

cluso de regiones de nuestra mente de exploración no sencilla, como las que forman parte del inconsciente. Y en otras más el artista nos transmite sus intuiciones formales, sus hallazgos en cuanto a la disposición de los espacios, conformaciones, colores, texturas, secuencias, armonías, estructuras y la belleza que hay en todo ello; es la hechura de algo expresándose a sí misma. Claro que también hay muchas obras en las que varios o todos estos aspectos se encuentran presentes. Pero, en todo caso, es por ello que se dice entonces que el arte es una forma de comunicación (entre otros, Mussorgsky lo dijo muy claro: el arte no es un fin en sí mismo, es un medio de comunicación entre los seres humanos); la obra de arte siempre intenta decirnos algo que, si es percibido y reelaborado y reconstruido por nosotros, nos va a cambiar la vida, entre otras muchas cosas porque nos va a cambiar la manera que hasta ese momento hayamos tenido de ver los cuerpos y eventos que ocurren en la naturaleza o los realizados por los seres humanos, incluyendo por supuesto lo que hacemos nosotros mismos.

La relación entre la forma y el contenido constituye una tensión siempre presente en toda obra de arte, sus componentes formales invariablemente significan algo, no solamente representan algo. Abrasar los sentidos con luz (esto es, la forma) e infiltrar amor en los corazones (esto es, el contenido), ya lo dice Mahler en su *Octava Sinfonía*.

¿Por qué nos gusta algo?

¿Cómo distinguir una buena forma de una mala forma en arte? No es asunto banal ni en el que yo podría profundizar, pero sí puedo anticipar, cuando menos, que la referencia última para los problemas formales en cualquier manifestación artística es la naturaleza misma. De ninguna manera quiero decir que el arte debe imitar a la naturaleza, por lo que el aserto que hago ahora es para mí muy importante: el arte nunca trata de reproducir fielmente lo que llamamos real, ni siquiera en un *trompe l'oeil* o en el ultrarrealismo; lo recrea, lo reacomoda, lo reelabora, lo modifica, toma su esencia, juega con ella,



pero no la reproduce ni la replica. La obra queda como el artista quiere que quede, no como la realidad es. Sin embargo, y quizá no tan sorpresivamente como podría pensarse, los aspectos esenciales de la realidad natural o social seleccionados por el artista quedan fatalmente reflejados en la obra. Pocas composiciones nos hablan de la inmanencia de la naturaleza como lo hace la *Sinfonía Pastoral* de Beethoven; y para extender el ejemplo a la vida social, si queremos saber, y sobre todo sentir e imaginar, cómo era la vida en el México de la segunda mitad del siglo XIX, por supuesto que podemos consultar los libros de historia respectivos, pero también podemos leer los cuentos y novelas de Altamirano, Riva Palacio, Payno, Cuéllar e Inclán, obras de ficción todas ellas.

Lo que estoy intentando decir es que la naturaleza, que comprende cuanto existe y ocurre en el universo, desde el movimiento de las galaxias hasta la estructura de átomos, células y tejidos, sus formas, sus arreglos y disposiciones, sus proporciones, sus colores, sus texturas y sus movimientos e interacciones, constituye el punto de toque final para toda obra de arte. Está claro que ni tales proporciones nos son sugeridas explícitamente por la naturaleza (como a veces se afirma de la sección de oro o regla de oro en pintura, escultura y arquitectura, conocida desde Euclides, en la que una línea se divide de tal manera que la parte menor es a la mayor como la mayor es al todo; esta proporción resulta grata para nuestros sentidos y se encuentra en muchas formas naturales, tanto en plantas como en animales), ni el artista se ha puesto a buscarlas sistemáticamente estudiando astrofísica, anatomía vegetal o histología. Y esto nos lleva de la mano a la siguiente cuestión: la sensibilidad del artista le ha permitido percibir de manera intuitiva las características materiales que le producen placer, combinándolas e integrándolas mentalmente, para construir a partir de ellas las formas y estructuras, más o menos elaboradas, de las obras que produce.

Así que el artista tiene, en primer lugar, la sensibilidad, con cuya potencialidad ha nacido pero que ha educado de manera sostenida al ejercer asiduamente su oficio, sensibilidad gracias a la cual percibe la belleza de las formas, los ritmos y

los movimientos de lo que le rodea, y los recrea, los combina y los modifica en su imaginación; y, en segundo lugar, el talento, también puesto a prueba con el ejercicio sostenido de su trabajo, de plasmar tales elaboraciones intelectuales, y otras creadas a partir de ellas, en las obras concretas que compone.

Y, ¿por qué a nosotros, que no somos artistas, nos gusta algo? Pues porque también, como el artista, hemos entrenado no solamente nuestros sentidos sino nuestras capacidades perceptivas (que incluyen por supuesto nuestras competencias reflexivas, gracias a las cuales construimos percepciones determinadas y precisas a partir de un caos de sensaciones) para aprehender la belleza tanto en las cosas, los seres y los hechos naturales como en aquellos elaborados o efectuados por los seres humanos, y conforme logremos una visión más penetrante y educada, podremos percibir y gozar con la belleza de creaciones cada vez más elaboradas o más simples, o bien ocultas e intrincadas. Para ello tenemos que aprender a observar natura y cultura, lo que existe en el universo y las obras creadas por los seres humanos y sus

acciones (hay acciones bellas y hay acciones horribles, ¿no es así?), proceso que ocurre a lo largo de toda la vida; tenemos que aprender a observar utilizando todos nuestros sentidos y nuestro pensamiento y nuestra asiduidad, fijándonos bien en lo que vemos y en lo que escuchamos, comparando, distinguiendo, identificando semejanzas y diferencias, estableciendo relaciones, analizando las cosas, observando repetidas veces desde ángulos y con percepciones diversas el asunto o la obra de que se trate, poniendo en juego todo lo que hemos observado antes. Resulta claro que observamos con nuestra mente, que los sentidos, indispensables como son, no resultan más que instrumentos de nuestra inteligencia, y que es con ella



con la que percibimos la belleza de una obra de arte y la belleza en general, de manera que al educar nuestra sensibilidad y nuestras competencias perceptivas estamos encaminando toda nuestra vida, todo nuestro hacer, nuestro pensar, nuestro sentir y los valores con base en los cuales establezcamos nuestras relaciones unos con otros y con el medio natural y social del que formamos parte. Es claro que educarse para apreciar el arte no se reduce simplemente a educarse dentro de un campo artístico específico: nos estamos educando en la vida y para la vida.

Podemos afirmar entonces que el arte no está solamente en el artista, no está solamente en la obra de arte misma, también está en cada uno de



nosotros, en los que gozamos con el arte. “La belleza sólo le pertenece al que la entiende, no al que la tiene”, dijo alguna vez Carlos Fuentes. No somos, pues, receptores pasivos, ni el artista se dirige a nosotros como tales. Al gozar con una creación artística meritoria nosotros estamos poniendo belleza en ella. Pocos ejemplos tan claros como en la literatura, en la poesía, en el teatro y en el cine, en donde podemos decir que quien lee o quien asiste en calidad de público participa en la obra, sea ésta comedia, tragedia o drama; el lector, o el espectador en su caso, va a hacerse con el discurso escrito o hablado o gestual que está leyendo o está escuchando o está observando, no como un ente neutral, como una *tabula rasa*, sino desde su propia cultura, poniendo algo de sí mismo, construyendo significados, suscitados por el artista, pero que son propios del lector, del escucha o del especta-

dor. Así que, si ponemos nuestra vida en ello, nosotros venimos a ser una suerte de coautores de la obra de arte de que se trate. Y por eso podemos decir que, al educar nuestro sentido estético, al aguzar nuestras competencias perceptivas, al aprender a mirarlo y a escucharlo y a reconocerlo, hemos aprendido a llevar el arte permanentemente en nuestros sentidos, en nuestro pensamiento y en nuestro corazón. La dimensión de esta nuestra fortuna no tiene término ni colmo ni medida.

¿En dónde se encuentra el arte?

Ya se imaginará el lector con lo que llevo dicho en estas líneas que no voy a hacer aquí distinciones de valor entre las llamadas bellas artes y las artes populares. Por supuesto que hay diferencias entre unas y otras y también las hay entre un artista y un artesano: aquél explora sistemáticamente la

historia de su quehacer, conoce las diferentes escuelas de épocas y lugares diversos, está al tanto de lo que se produce en su momento y analiza todo ello de manera reflexiva y sistemática, teoriza a profundidad sobre su oficio y sobre su propia obra y la de los demás y busca siempre nuevos caminos y nuevos procedimientos; el artesano no hace necesariamente todo eso y en general tiende a preocuparse más por el aquí y el ahora, tanto en su quehacer como en la obra que produce. Pero en el trabajo de ambos hay arte, existe la búsqueda permanente de formas y ordenamientos, de materiales y maneras de utilizarlos, de modos y de estilos que lleven a la producción de una obra bien hecha que exprese una visión de las cosas, de la vida, de los afanes, las necesidades, los sueños y los días, de las mujeres y los hombres de hoy y de siempre. Y por eso es que decimos que el arte está en todas partes.

No hay ningún lugar de la Tierra en el que se asienten y prosperen los seres humanos en el que no encontremos objetos diseñados no solamente para ser útiles sino para que nos gusten, para que plazcan a nuestros sentidos y a nuestra percepción estética. Los muebles, por rudimentarios que sean, la loza en la que cocinamos y comemos, nuestra propia ropa del diario y de los días de fiesta y ceremonia, los juguetes de los chicos, los diversos recipientes que contienen los productos que adquirimos, los libros que leemos, los adornos que colgamos en las paredes o ponemos en las repisas, hasta los implementos de trabajo sean éstos carretillas o computadoras, todos están diseñados con la pretensión, lograda o no, de servir y de gustar, las dos cosas, de estar bien hechos en ambos sentidos. Lo mismo sucede con edificios, con parques y jardines, con periódicos y revistas, estatuas y monumentos, e igualmente podríamos seguir con los anuncios que vemos, las canciones que escuchamos, las películas y las comedias de la televisión. Todo esto representa una gran oportunidad para ir educando nuestro sentido estético, para refinar nuestra apreciación de formas y estructuras, para percibir mensajes y contenidos, para aguzar nuestra competencia para distinguir lo que está bien hecho de lo que está mal hecho y rechazar lo malo y aceptar y gozar y ser educado con lo bueno. No se trata de aceptar pasivamente todo lo que se nos ofrece en el cine, en la radio o en la televisión, en la calle o en las tiendas, en revistas o en periódicos, pues mucho de ello es basura. Y entonces, si hemos educado nuestro sentir, podremos pasar, armados de mejores ingenios, al arte que quizá no es el de todos los días pero que puede serlo si nos lo proponemos, el de las grandes obras de la música, de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, de la poesía, de la literatura, del teatro, de la danza y, por qué no, de la fotografía, del cine y del arte popular. Iluminada nuestra sensibilidad, dejaremos de consumir la escoria estética tan a menudo promovida por los medios y la publicidad con el pretexto de que producen lo que “le gusta a la gente”, esto es, a nosotros, pues eso es lo que somos para ellos, “la gente”, y buscaremos con exigencia, en nuestra vida



de todos los días, lo que realmente tenga calidad estética, ya que habremos aprendido a reconocerlo por costumbre.

Antes de terminar con esta letanía sobre la ubicuidad del arte, permítaseme señalar que en muchas otras actividades consideradas no artísticas también hay encanto, también hay perfección, también hay gracia y gallardía. Ya se dijo que hay orden, belleza y esplendor en muchas formaciones naturales, en muchos de los sucesos y movimientos que podemos percibir en el universo, y no estoy hablando de la supuesta sabiduría de la naturaleza y mucho menos de la abominación del pensamiento que intenta sustituir al darwinismo y a la evolución del espacio y la materia por el así llamado “diseño inteligente”. Pero también hay seducción y halago en el pensamiento de hombres y mujeres que estudian e intentan desentrañar las leyes y principios de acuerdo con los cuales se comporta el cosmos: hay belleza y elegancia e ingenuidad en

los códigos propuestos por la física, en las predicciones astronómicas, en las nociones fundamentales de la química y de la biología, y por supuesto que las hay en el teorema y los desarrollos matemáticos. Y algo en lo que no podré extenderme dadas las dimensiones de esta contribución asaz modesta: hay una estrecha relación entre arte y moral, no solamente en cuanto a los contenidos o mensajes enviados por la obra de arte, sino en cuanto a su pura disposición formal, en la apreciación de sus virtudes figurativas y estructurales tanto en el tiempo como en el espacio. Ya he dicho que gracias a todo ello el arte nos enseña a hacer las cosas bien, y con esto me refiero no solamente a la ejecución de los productos materiales de nuestro trabajo, sean bizcochos, sillones, disposiciones burocráticas o contabilidades bancarias o hacendarias, sino a todos nuestros actos. Obras son amores, bien lo dice el refrán, y el arte nos enseña no solamente a gozar con buenas pinturas, construcciones, poemas y sinfonías, y con estrellas y atardeceres y bosques y trigales, sino a realizar actos, tareas y hazañas que deben estar bien ordenadas, bien estructuradas y bien dirigidas a fines nobles, justos, serviciales y bondadosos. *Ars* y *moris*, entonces, van ambos tomados de la mano.

Educación

No tratándose de una ciencia exacta, no siendo siquiera una disciplina, el término *educación* puede definirse de muy diversas maneras de acuerdo con la posición de quien lo use. Para algunos la educación es el proceso mediante el cual nuestra herencia cultural pasa de una generación a la que sigue. La penuria de esta noción es evidente: considera que la herencia cultural ya está allí, es supuestamente dominada por los mayores “que saben” y debe ser adquirida dócilmente por quienes carecen de ella, esto es, las “nuevas generaciones”; la figura clave no es quien aprende sino quien enseña y la autoridad con que se desenvuelve; los educadores que sustentan su trabajo en esta noción contemplan un cierto ideal de homogeneización, de uniformidad, y por lo tanto a menudo nos hablan de un perfil a lograr en el educando, que así nos llaman a quienes aprendemos. Para otros la educación es el proceso mediante el cual todos podemos seleccionar y extraer de las tradiciones los componentes que mejor sirven a nuestra visión individual, desarrollando en el proceso nuevas y valiosas maneras de pensar, de sentir y de hacer, que van a enriquecer la consideración de los modos establecidos; como puede verse, esta noción de alguna manera engloba a la anterior, pero la hace avanzar muy sensiblemente y no implica que unas generaciones ya estén educadas y otras no. Y para otros más la educación es el proceso permanente mediante el cual se promueve o favorece, a lo largo de toda la vida, el crecimiento y desarrollo individual y colectivo en todos los aspectos físicos, intelectuales, afectivos, sociales y morales de la persona humana; este significado comprende a los dos anteriores, los hace ir todavía más adelante y tiene entre sus valores torales el de la diversidad cultural individual y colectiva. En las últimas dos concepciones la figura clave es quien aprende y la creatividad y solicitud que ponga en juego como individuo y como grupo, auxiliado, pero no necesariamente, por tutores perceptivos y cuidadosos.



Para el caso del arte estas diferentes nociones son de gran consecuencia: si la tradición y la cultura heredadas son simplemente adoptadas e imitadas, quédanse convertidas en carga indolente e infructuosa, lo que ocurre a menudo en academias y dependencias administrativas públicas y privadas; bien sabemos que no hay arte a menos que normas y usos se utilicen creativamente y en libertad, con frescura, de manera personal, como un medio para la expresión del artista en tanto individuo. Las tensiones que existen entre las tres nociones esbozadas en el párrafo anterior, tanto como su turbadora complementariedad, son innegables.

Abordando el mismo problema desde otra cota, podría decirse que los educadores nos movemos siempre dentro de dos posibilidades que de alguna manera resultan irreconciliables pero que también vuelven a ser complementarias. Por un lado, se dice que los seres humanos debemos ser educados para llegar a ser lo que realmente somos, lo que cada quien es en el fondo, esto es, para que cada uno de nosotros pueda desarrollar, dentro de una trama social lo suficientemente libre como para promover una gran diversidad individual, todas las potencialidades que uno trae dentro de sí y que constituyen un valor positivo para la persona y de hecho para la sociedad; esto nos habla de una educación para la diversidad. Pero, por el otro, también se afirma, aunque implícitamente, que debemos ser educados para llegar a ser lo que no somos, esto es, que las personas deben desarrollarse de acuerdo con un carácter o perfil ideal determinado por las tradiciones de una sociedad de la que el individuo forma parte involuntariamente; para ello, el proceso educativo debería ser capaz de ir eliminando lo que sería característico o peculiar de cada persona; y esto nos habla de una educación para la uniformidad. ¿Es la sociedad, o debe ser, una comunidad rica y diversa de personas diferentes que buscan un equilibrio complementándose y ayudándose unas a otras, o es una colección de personas a las que se les pide (o se les obliga a) que se ajusten tanto

como sea posible a un ideal determinado? Traigamos a cuento una vez más la educación de nuestra sensibilidad: ¿vamos a reaccionar todos de la misma manera ante las mismas obras? ¿Debe el artista ajustar su trabajo a los dictados de la moda, de sus patrocinadores o del poder? Si bien es cierto que toda sociedad tiene un cierto perfil ideal de lo que es un buen ciudadano, debería resultar claro que dicho ideal nunca ha de considerarse como ejemplar la uniformidad de las personas.

Pasemos a otra cuestión. Quien se educa, esto es, quien aprende, es una persona de cualquier edad que va encontrando su propio camino al lado o no de personas con más experiencia que ya han encontrado el suyo y que le orientan como maestros o tutores. Esto es que no somos objetos pasivos de nuestro proceso educativo, somos sujetos que participamos de manera propositiva, reflexiva y creativa en nuestra propia educación. Durante nuestra educación, esto es, durante toda nuestra vida, el proceso formativo no supone el simple dominio de una disciplina, un campo o un área del conocimiento o del quehacer humano, sino también, y de manera fundamental, el proceso inverso, esto es, el dominio de nosotros mismos en función de los saberes, los valores y las actitudes desarrollados. No queremos convertirnos en eruditos de gran instrucción y muchos conocimientos, sino en personas sabias que dominamos el saber y que no solamente sabemos algo, sino que sabemos cómo hacer las cosas, por qué hay que hacerlas, para qué y cuándo. Por lo demás, el saber implica no solamente tener el conocimiento sino el uso que se le dé a tal saber en el mundo real; es claro que no conocemos bien algo mientras no sepamos cómo el uso de ese conocimiento puede afectar y afecta a las personas y a las comunidades. En el caso del arte este asunto es de enorme complejidad y adscribe al artista, o a quien pretende serlo, una carga y una complejidad mayores. Es clara, por supuesto, la irresponsabilidad parcial o total de los medios y de no pocos sectores del Estado, incluyendo el educativo, en su manejo de los aspectos estéticos, y las consecuencias que esto tiene sobre la educación de la sensibilidad de quienes se encuentran sometidos a este dominio, niñas, niños, jóvenes, madres, padres y público en general. Por desgracia, en este caso, y tal como lo

afirmó Oscar Wilde, la vida imita más al arte que lo que el arte imita a la vida. Y peor cuando se trata de malas artes.

Se dice que la educación no consiste en llegar a la meta sino en el proceso que seguimos para llegar a ella. La educación es entonces comparada con un viaje: lo que enriquece es la travesía, no el arribo a la terminal; de allí que se insista en que la calidad del proceso (la educación) determina la calidad de los productos parciales y finales (el aprendizaje, los saberes logrados, la consolidación de una posición crítica, reflexiva e independiente). La educación de la sensibilidad forma parte irremplazable de este viaje.

Conclusión

Todos los educadores tenemos necesidad y obligación, como profesionales y como individuos, de encontrar y fundamentar nuestra posición dentro de las cuestiones planteadas, tanto para el arte como para la educación, y de actuar en consecuencia con las personas que se educan a nuestro lado. Cualquiera de nosotros es capaz de gozar y educarse con el arte, y, al hacerlo, la calidad de lo que hagamos, de lo que pensemos y de lo que sintamos, se desarrollará y mejorará de manera muy sensible, incluyendo la calidad moral de nuestros actos. El arte no se encuentra confinado en museos, galerías y salas de concierto, mucho menos en las ostentaciones de personas acomodadas: está en todos lados, nos rodea, nos invita en todo momento a apreciarlo, a gozar con él, a utilizarlo para que nuestro sentido de lo bello se desarrolle y crezca sano y fuerte, nos enseñe a distinguir el oro de lo que solamente relumbra sin serlo, nos oriente para rechazar lo que corrompe y degrada así como para aceptar y asimilar lo que enaltece nuestra vida y hace noble nuestro aliento.

